

ha producido el alzamiento militar, al lado del poder legal, para defenderlo, se han puesto los comunistas. Sí. Pero también los socialistas. Y los sindicalistas. Y los republicanos de izquierda. Y los de unión. Y los federales. Y el pueblo entero, sin distinción de matices proletarios o de doctrinas sociales. Y los intelectuales de más alta jerarquía y más profundo apartamiento de toda agrupación política. Ni los comunistas han hablado de comunismo. Se ha hablado por todos de la legalidad republicana, del derecho, de la democracia, de la libertad. No. El impulso popular en apoyo del Estado no ha sido para instaurar el comunismo, sino para impedir que se instaure el despotismo».

Proceder lamentable de algunos diplomáticos hispanoamericanos

Como respuesta a la voz de los intelectuales se anuncia un nuevo avance de los marroquíes en la Sierra del Guadarrama. Piezas de artillería, telémetros, ametralladoras nuevas, rifles flamantes, aeroplanos de bombardeo, material bélico acabado de salir de las fábricas italianas tienen en abundancia los rebeldes. Pero la ofensiva de los milicianos se hace cada día más eficaz y muchas de estas armas caen en su poder. De esa manera se sigue armando el ejército del pueblo.

Las noticias que llegan de todos los frentes aumentan el entusiasmo de los madrileños. Y es mayor todavía la fe en el triunfo cuando van dándose a la publicidad cablegramas de Inglaterra, de Francia, de Bélgica, de Suecia, de Noruega, de México, del Uruguay, de la Argentina, de las más civilizadas naciones del mundo, anunciando que se hacen grandes asambleas contra el llamado fascismo de Francos y de Molas. Los obreros de América y de Europa respaldan decididamente al Frente Popular.

A estas adhesiones se agregan las de los más ilustres escritores ingleses, franceses y norteamericanos, en cuyo concepto España ha venido a ser, de nuevo, el campo de batalla de dos tipos de civilización y de cultura, del progreso político y social y del regreso a la barbarie. Elie Faure, Jean Cassou, André Gide, André Malraux, Jules Romain, Lucien Vogel, Romain Rolland y los demás miembros de la Alianza de Intelectuales Antifascistas consideran que «España está luchando por la libertad política y económica de todos los oprimidos de la tierra».

En medio de este sentimiento unánime de apoyo y de simpatía al pueblo español, algunas legaciones hispanoamericanas comienzan a sembrar el pánico entre los naturales de sus países que residen en Madrid. Desean los excelentísimos señores diplomáticos que sus conciudadanos abandonen cuanto antes la capital y les ofrecen apoyo para repatriarlos.

Se distinguen por su espíritu desmoralizador y antidemocrático los representantes de los regímenes tiránicos de este continente. Dos de ellos y cuatro señoritos secretarios de otras tantas embajadas o legaciones salen para Francia. El Gobierno español les da amplias garantías para que no tengan tropiezos en su fuga.

Semejante actitud causa una reacción natural de desagrado y de protesta entre los estudiantes de esas repúblicas, y entre la casi totalidad de la colonia hispanoamericana, que se inclina resueltamente al lado de la causa del pueblo. Por otra parte, y esto es justo proclamarlo, no hay mejor salvoconducto en España que un pasaporte de cualquiera de nuestros países, ni había razón entonces para que las legaciones procedieran como lo estaban haciendo.

Los costarricenses nos sentíamos satisfechos de que nuestra pequeña república fuese una excepción. Pero cuando menos lo esperábamos llega el siguiente cablegrama: «Cónsul Costa Rica, Barquillo 6, Madrid.—Sírvasse solicitar mediación Legación Norteamericana. Condición Cónsul Costa Rica Málaga. Situación colonia costarricense Barcelona. Relaciones».

El poeta Fernando Centeno Güell, Canciller del Consulado, y don En-

rique Lanuza, hijo del señor Cónsul que está fuera de Madrid, solicitan la opinión de algunos miembros de la colonia. Se resuelve contestar en la siguiente forma: «Imposible comunicarse Málaga. Colonia costarricense ruega informar no desea protección norteamericana».

Solicitar y aceptar el auxilio de la potencia anglosajona hubiera sido indigno. Y una ofensa gratuita para España. La contestación de los costarricenses no pudo ser más adecuada.

Bombardeo de sanatorios en la Sierra del Guadarrama

El Sanatorio Lago, en Tablada, Sierra del Guadarrama, ha sido bombardeado por dos aviones fascistas. Doscientas mujeres tuberculosas buscaban allí salud y recibieron metralla. Al ruido de los motores algunas de las asiladas lograron ponerse a salvo. Las demás perecieron.

Acaban de decir estas palabras, con los ojos enrojecidos por el llanto, dos señoras que han llegado a buscar techo y abrigo al amparo de sus familiares, en la pensión que me aloja. Tres mozos las acompañan, mozos bravos del pueblo, y cinco niños, el mayor de nueve años, con el espanto marcado aún en sus rostros infantiles.

«¡Huérfanos!—explica sollozando una de las mujeres.—Era mi marido el guardián del sanatorio. Una bomba le destrozó la cabeza. No podía abandonar su puesto mientras en el interior hubiese alguna enferma. Y estos cinco hijos quedan sin padre».

La otra mujer, hermana de la viuda, se estremece al recordar el bombardeo. «¡De milagro salimos con vida!». En los ojos de los mozos hay un resplandor de fiereza. Esa misma tarde salieron para el frente.

La información de los periódicos sobre el caso criminal del Sanatorio Lago produce indignación. Pero los ánimos se exaltan todavía más cuando se sabe que también ha sido bombardeado el Preventorio Infantil, cerca del pueblo indefenso que lleva el mismo nombre del Guadarrama. Dice un periódico:

«En el gran edificio del Preventorio Infantil estaban alojados varios centenares de niños tuberculosos. Sobre ellos han estado lanzando los fascistas sus granadas de artillería. Llegamos al edificio en ruinas. Cubierta la cabeza con los gorritos blancos, desnudo el torso tostado por el aire serrano, lloran los niños con sus caritas de espanto. Otros llaman a gritos con sus voces penetrantes a nombres de mujer, a sus segundas madres, que les miman y atienden. Otros corren por los pasillos, y algunos se lanzan, locos de terror, sobre los visitantes con sus bracitos en cruz. Allí estaban curándose y los ha visitado la barbarie».

Excesos cometidos por los "civilizadores blancos" y por las hordas africanas

Conforme avanza el mes de agosto, la conflagración va tomando cada día mayores proporciones. Varios aeroplanos de guerra, procedentes de Alemania y de Italia, caen en manos de las fuerzas leales. Francia y Rusia, temerosas de provocar una nueva guerra europea, mantienen su neutralidad irritante. Han creído que con esa fórmula—inaceptable en Derecho Internacional por estar de por medio un Gobierno legítimo, reconocido por todas las naciones, al cual se le niega apoyo—los regímenes fascistas dejarán de respaldar a los militares revoltosos. Sólo a fuerza de dinero, dinero adelantado, consigue el Gobierno español efectuar algunas compras al otro lado de los Pirineos.

Contrasta con la actitud de París y del Kremlin el fervor de los trabajadores rusos y franceses. Tanto ellos como los de otros países hacen contribuciones y dejan parte de sus salarios para ayudar al pueblo español en armas. Y junto con la voz de los obreros llega de Inglaterra un nuevo manifiesto de cuarenta y dos intelectuales británicos, en el que ratifican su mensaje anterior. Lo encabezan firmas que algo significan en materia de ci-